



IV

NO descuidaron un punto ni Catalina ni los Guisa sus precauciones, en la breve tregua que siguió á la violenta escena de la cámara.

Nadie, sin embargo, ni aun las personas más allegadas á la Reina madre, pudieron notar durante estos momentos, en aquella mujer impenetrable, sombra de duda, ni asomo de temor, ni aun ligera señal de preocupación extraordinaria.

Visitó como todos los días á su hijo Carlos, muy débil de salud entonces, y encontró en su cámara al preceptor del Príncipe, Jacobo Amyot ¹⁶, el gran traductor de Plutarco, y á Filiberto de Marsilly, señor de Cipierre ¹⁷, que era su ayo. Era Cipierre muy buen caballero, y era también hechura completa de los Guisa,

que le habían nombrado Gobernador de Orleans, durante la reunión allí de los Estados Generales.

Sobresaltóse, pues, al ver entrar á la Reina madre, temiéndose alguna escena, porque un cuarto de hora antes había recibido orden del Duque de Guisa para ocupar militarmente la planta baja del Hotel Groslois, casa de la villa hoy, que era donde los reyes se hospedaban: claro indicio este para el Gobernador de Orleans, de que los Guisa maquinaban en efecto, como ya se murmuraba, prender á la Reina madre y encerrarla en Amboise, hasta que restablecido el Rey se decidiera á mandarla á Florencia desterrada.

Su asombro fué, pues, grande, al ver que, tranquila y sosegada la Reina, se entretuvo con su hijo como todos los días, y tan solo se le ocurrió decirle á él, que le parecía conveniente aliviar ya al Príncipe el luto que por la muerte de su padre todavía llevaba.

Quiso escoger ella misma el traje que habían de ponerle, y escogió, en efecto, entre las varias ropas que la trajeron, unas calzas de seda negra con gregüescos acuchillados de blanco, justillo de paño de oro con flores de terciopelo negro en realce, y una capita bordada que ella misma probó al niño, haciéndole mil caricias y halagos,

y llamándole *mignon, cherubino, gentilissimo*, como pudiera hacer la más tranquila y cariñosa de las madres.

Mandó luego le trajesen allí al Duque de Anjou ¹⁸, que fué después Enrique III, y tenía entonces ocho años, y á la Princesa Margot ¹⁹, que contaba siete, y había de ser más tarde Reina de Navarra y mujer de Enrique IV.

Para todos tuvo besos, cariños y melosidades italianas, y el bueno de Cipierre, más guerrero que diplomático, quedó plenamente convencido de que la Reina ignoraba el riesgo que corría, ó de que alguna crisis favorable en la enfermedad del Rey, había hecho cesar ya todo peligro.

Entretúvose todavía la Reina madre un buen cuarto de hora, en su propia cámara, con el gran Canciller L'Hôpital, é igual tiempo habló muy en secreto con la Condesa de Fiesque, su camarera mayor y confidente íntima. Después de esto, instalóse con estos dos personajes en la cámara real, á los pies del lecho de su hijo, como la hemos descrito ya al comenzar estos apuntes históricos.

Á la crisis sufrida antes por el Rey, había sucedido un pesado letargo, que la inexperiencia de la Reina María tomaba por benéfico sueño. Inquieto sin embargo el Cardenal, prestaba oído atento á los rumores de la antecámara, y

Juan Chapeláin, también intranquilo, había dispuesto sobre una mesa varias jeringuillas y redomas, por si era necesario apelar á las inyecciones que él había recetado.

Solo Catalina y L'Hôpital aparecían serenos é impasibles. Apoyado éste de espaldas contra una chimenea y con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía sumido en meditación profunda; y la Reina madre, hundida en su sitio, pasaba lentamente las gruesas cuentas de un rosario que llevaba á la cintura, como era entonces moda y devoción de las grandes señoras, pues siempre arraigó mucho entre ellas lo que llamamos hoy piedad mundana.

En la antecámara reinaba grande y contenida efervescencia, y al atravesarla de parte á parte Catalina para entrar en la alcoba de su hijo, pudo notar muy bien que no faltaba allí uno sólo de los partidarios de los Guisa, y que traían muchos de ellos armas más fuertes y templadas de lo que sufre el ligero traje de corte.

De repente crecieron los murmullos de la antecámara, hasta oirse distintamente voces contenidas y ruido de pasos. Las puertas de la cámara se abrieron de par en par, como se abrían tan sólo para los reyes, y aparecieron entonces el Duque de Guisa y Antonio Paré, seguidos de gran golpe de gente.

Venían pajes con nuevas luces, ayudantes del cirujano, oficiales de la Guardia escocesa, y detrás de todos, el Gobernador de Orleans y el Mariscal de Saint-André, que se quedaron junto á la puerta, como si pretendiesen guardarla.

Salióles al encuentro el Cardenal, y María Estuardo, llena de esperanza, hizo seña al cirujano de que se acercase. Adelantóse también el Gran Canciller, hasta ponerse frente á frente del lecho, y al lado de la Reina madre. Ésta no hizo el menor movimiento, y ni aun volvió tan siquiera el rostro.

Acercaron luces al lecho del Rey, que no había vuelto de su letargo, y Ambrosio Paré comenzó á examinarle. L'Hôpital, clavados los ojos en el rostro cadavérico de Francisco II, tiró disimuladamente á Catalina de una de sus anchas mangas. La Reina, sin volver la cara, hizo una seña imperceptible á la Condesa de Fiesque, y ésta se apresuró á salir de la cámara por una puertecilla de escape, que daba á las escaleras de servicio.

De repente incorporóse bruscamente Ambrosio Paré, llevándose ambas manos á la cabeza, y paseó por todos lados una mirada desencajada. La sorpresa y el terror se apoderaron de todos.

—¡Pero si ya es tarde!—gritó con desespe-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

ración verdadera. — ¡El derrame empezó ya y avanza sin remedio!... ¿Por qué no me avisaron antes?...

Y dando la mayor prueba de humildad que puede dar un sabio, que es seguir la opinión de otro, cogió las jeringuillas de Chapeláin, y puso él mismo una inyección al enfermo, por la oreja izquierda.

Mas no bien penetró el líquido interiormente, retorcióse el cuerpo del Rey bajo las ropas con crispación horrible, sus rodillas se elevaron, hundiósele el pecho, y Ambrosio Paré tiró las jeringuillas gritando desencajado:

— ¡Se acabó todo!... ¡Se muere!

El Cardenal, sacerdote antes que nada, extendió ambas manos sobre el Rey, y le absolvió por última vez y en su postrer momento. Abrazóse María Estuardo al cuerpo dando alaridos, y la Reina Catalina cruzó ambas manos ante su rostro exangüe, más pálido todavía, y se puso de rodillas. Todos la imitaron, y hubo entonces un cuarto de hora de espantable silencio, interrumpido tan sólo por los gemidos de María y el estertor del moribundo.

Ambrosio Paré y Chapeláin, uno á cada lado del lecho, observaban los pulsos del Rey. Cesó al cabo el estertor, y los dos médicos se miraron, haciéndose una señal afirmativa.

Acercóse entonces el Duque de Guisa para examinar de cerca el rostro del Rey, y poniéndole una mano sobre la frente, dijo cumpliendo los deberes de su cargo:

— ¡El Rey ha muerto!...

Hubo entonces un momento de confusión en la cámara, y las puertas se abrieron, como por sí solas, de par en par.

Lanzóse á ellas el Duque de Guisa, para dar órdenes á Cipierre, Gobernador de Orleans... Mas Catalina le detuvo por un brazo, mostrándole con un ademán, lo que detrás de él había.

Por la puertecilla de servicio entraban dos reyes de armas, de gran gala. Seguíaes el Duque de Orleans, desde aquel momento Carlos IX, con el rico traje que le escogió su madre aquella misma mañana... Asustado el pobre niño, agarrábase á las faldas de la Condesa de Fiesque y á la sotana de Jacobo Amyot, que le acompañaban.

Salióle al encuentro la Reina madre, y le hizo arrodillar junto al lecho del Rey, para que besase la mano del cadáver. Angustiado más y más el Reyecito, volvía á todos lados la espantada carita, buscando con los ojos á Jacobo Amyot, á quien profesó siempre entrañable cariño.

Los reyes de armas gritaban mientras tanto por tres veces, en el umbral de la antecámara:

—¡El Rey ha muerto!...

Luego, después de lúgubre pausa, volvieron á gritar:

—¡Viva el Rey!...

Apareció entonces Catalina de Médicis, ya Regente del reino, llevando de la mano al Rey niño Carlos IX ^{2º} y atravesó la antecámara sin arrogancia ni miedo, como pasea un prudente vencedor las filas de los vencidos.

Siguiéronla todos en masa, amigos y contrarios, y quedaron solos en la cámara vacía, el cadáver de Francisco II tendido en el lecho, y arrodillada á sus pies María Estuardo sollozando.



V

A sí quedó terminado aquel drama, tan controvertido después por los historiadores. Pues mientras sostienen unos que Catalina obró de buena fe al oponerse á los proyectos del cirujano hugonote, porque creyó ver en la barrena del trépano un puñal disimulado que amenazaba la vida de su hijo, acúsanla otros, por el contrario, de que dejó morir deliberadamente al Rey Francisco, á trueque de apoderarse ella de la regencia del niño Carlos IX, que contaba á la sazón nueve años.

La recíproca de cada una de estas opiniones, absuelve ó condena á los Guisa; porque ó apoyaban ellos al cirujano hugonote por salvar franca y lealmente la vida del Rey, lo cual pa-

rece lógico, puesto que con su muerte se les escapaban poder y privanza; ó intentaban valerse de Ambrosio Paré como del más disimulado de los asesinos, para quitar de en medio al primero de los tres Valois, que separaban al Duque *Balafre* del trono.

Puntos son estos, por desgracia, que jamás podrán fallarse sin riesgo grave de engaño; porque los únicos hechos que se alegan y constan, se acomodan bien con todas las intenciones, y en éstas, por más que agucen los hombres la vista, solo la mirada de Dios penetra.

Permítasenos, sin embargo, una observación pasajera contra ese prurito de cargar sobre la pobre humanidad crímenes falsos ó dudosos, cuando tantos ciertos y positivos pesan ya sobre su espalda...

Cuando las cosas tienen un sentido obvio, es empeño pueril ó mal intencionado, aguzar el ingenio para buscarles interpretaciones, y eso sucede en este caso. ¿Por ventura no pudo suceder y no es también lo más verosímil, que todos aquellos personajes fuesen igualmente inocentes de intención alguna culpable?...

Los mutuos y fundados recelos que á todos ellos separaban; la novedad de la terrible operación del trépano; las ambiciones no disimuladas de los Guisa y de la misma Reina madre,

y hasta el hecho de ser Ambrosio Paré hereje hugonote, pudieron, á nuestro juicio, ser grande parte, para que cegados unos y otros por la desconfianza, creyesen todos de buena fe defender la vida del Rey, oponiéndose á los intentos de la otra parte.

De todos modos, es lo cierto que el partido vencedor fué el de Catalina de Médicis, y que ésta empuñó desde luego las riendas del gobierno, y comenzó á caminar por los tortuosos senderos de su política, apoyada en sus dos muletas (*ses deux bequilles*), como llamaba ella misma al Cardenal de Tournón y al Gran Canciller L'Hôpital, que la sostenían y aconsejaban.

Fué su primer cuidado disponer grandes fiestas para la solemne consagración del Rey niño Carlos IX, con el fin de distraer al pueblo, y ocupóse después en convocar las famosas Conferencias de Poissy ²¹, con el doble objeto de atraerse á los hugonotes y sembrar al mismo tiempo la cizaña entre ellos y los luteranos.

Los Guisa, vencidos, pero no desanimados, habíanse retirado á Nancy, y allí constituyeron el famoso triunvirato católico, compuesto por el Duque Francisco, el Mariscal de Saint-André y el Condestable Ana de Montmorency ²².

La Reina viuda María Estuardo retiróse por su parte á Reims, al lado de su tía Renata de

Lorena, que era allí abadesa en el famoso convento de San Pedro (*Saint-Pierre-les-Dames*), cuyas magníficas ruinas se admiran todavía.

En aquel santo retiro pudo la infeliz Reina medir toda la extensión de su infortunio, y apreciar á sangre fría la triste alternativa en que sus desgracias la colocaban. Horrorizábala de tal manera la idea de volver á Escocia, que prefería mejor permanecer en Francia en la posición subalterna de Reina viuda, expuesta á los celos y suspicacias de su suegra Catalina de Médicis.

«Muchas veces la vi—dice Brantôme—temer como á la muerte este viaje (el de Escocia) y desear cien veces mejor quedarse en Francia como simple Reina viuda, que ir á reinar allá en su país salvaje» ²³.

En estos momentos de indecisiones y angustias, deparóle la Providencia en aquel retiro de Reims un prudente consejero que supo enjugar sus lágrimas, confortar su corazón y sembrar en él la semilla de aquel su resignado sufrir y aquella su fe inquebrantable, que hasta sus más encarnizados enemigos habían de admirar y ensalzar más tarde.

Fué éste el P. Edmundo Auger ²⁴, de la Compañía de Jesús, cuya correspondencia secreta con María, demuestra á través de los siglos la

sólida piedad de la desdichada Reina, y la perfidia cruel de sus verdugos.

Pasó María Estuardo el invierno en el convento de San Pedro, y á fines de Febrero abandonó su retiro para dirigirse á Lorena y visitar en Nancy á sus tíos y aconsejarse con ellos. Murmuróse entonces que, decidida la Reina viuda á permanecer en Francia, marchaba á Nancy para fortalecer con su presencia el partido de los Guisa, eterna pesadilla de Catalina de Médicis.

Hallábase ésta en Blois, y trajo estas murmuraciones á su despacho el Cardenal de Tournón, planteándole por primera vez el problema de lo que había de hacerse con la infortunada Reina de Escocia.

Quiso Catalina evadir la pregunta con su habilidad acostumbrada, y sin responder palabra, abrió por medio de un resorte uno de los innumerables cajoncillos secretos de aquel su maravilloso oratorio de Blois, donde esto sucedía, y puso ante los ojos del Cardenal un gran pliego lleno de tachaduras. Era la minuta de una ordenanza redactada en nombre del Rey niño Carlos IX, señalando á María Estuardo, como Reina viuda de Francia, una renta anual de 60.000 libras, sobre el ducado de Touraine, el condado de Poitou y demás tierras y seño-

ríos dependientes. «*Avons, suivant les conventions matrimoniales d'icelle nostre-dicte sœur, résolu luy assigner son dict douaire, montant à la dicte somme de soixante mil livres tournois de revenu pour chacun an, sur le dict duché de Touraine, conté de Poictou, terres et seigneuries en dépendans*» ²⁵.

Aprobó el Cardenal el proyecto, que no era otra cosa sino el cumplimiento del contrato matrimonial de María con Francisco II, y tornó á concretar su pregunta, sobre si la Reina viuda había de permanecer ó no en Francia.

Catalina, con la mayor tranquilidad, y sin dar al parecer importancia ni á lo que escuchaba ni á lo que decía, respondió:

—La pobre niña no nos ha manifestado aún cuáles sean sus deseos... Pero nuestra decidida voluntad es, embarcarla para Escocia en cuanto se presente ocasión oportuna.

Aquella *decidida voluntad* de Catalina orientó algún tanto al Cardenal; mas como era católico sincero, aunque enemigo de los Guisa y estimaba á María y sabía muy bien la perturbación horrenda en que los manejos de la Reina Isabel de Inglaterra habían sumido al reino de Escocia, parecióle deber suyo manifestar á Catalina los peligros á que quedaba expuesta una Reina de diecinueve años, si se la abandonaba de

repente, sola y sin apoyo, en aquel hervidero de rebeldes y de herejes.

Catalina aparentó no comprender las razones del Cardenal, y tomándolas por lo que á su interés propio de ella podían referirse, replicó muy seguramente:

—No temáis, señor Cardenal... Nuestra buena hermana Isabel se encargará de guardar á María.

Y como el Cardenal la mirase con extrañeza, no comprendiendo en realidad á dónde apuntaba la Reina, añadió ella comenzando á levantar el tupido velo de sus intenciones:

—La razón es muy sencilla... María es la Reina legítima de Inglaterra, é Isabel es una usurpadora ²⁶... María representa el Papismo, é Isabel personifica la Reforma... Y además, y sobre todo, añadió con una media sonrisa de mujer experimentada, María es joven y muy hermosa, é Isabel es fea y va para vieja...

Comprendió al fin el Cardenal hasta dónde se aunaban en Catalina, la política de la reina y la perfidia de la mujer, y abrió la boca para contestar en son de protesta. Mas atájole la palabra Catalina, con aquella suave energía con que sellaba todos los labios y ponía punto á todas las cuestiones cuando no la convenían; maravillosa particularidad suya, que le valió el

10368

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ser comparada á una barra de hierro forrada de terciopelo.

—Conque ya veis, señor Cardenal—dijo levantándose—que nuestra buena hermana Isabel se encargará de guardar á María con dos llaves y un cerrojo...

Y así quedó decretada por su suegra, la suerte de aquella infortunada Reina de Escocia, que con tanta razón puede llamarse *la Reina de los tristes destinos*.

FIN DE LA INTRODUCCIÓN